

Aportes al “Foro Debate: Argentina, Estrategia País”

PRESENTACIÓN

A partir de la angustiante recesión que se inició en las postrimerías de los años 90 y que concluyó en la crisis social, política y económica más grave de la historia argentina a fines del año 2001, muchas personas e instituciones soñaron e impulsaron instancias y espacios para *repensar y hasta -así se decía- refundar la Argentina*. Tal vez, la iniciativa más reconocida públicamente fue la que promovieron conjuntamente la Iglesia Católica en la Argentina y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) denominada “Diálogo Argentino”.

Este espacio quiso ser un ámbito para evitar lo que finalmente sucedió con la violenta anticipación del final del mandato del Presidente De la Rúa y la serie de conflictos que se desencadenaron simultáneamente en múltiples niveles y dimensiones de la sociedad argentina. Sin embargo, gracias a Dios, el desastroso quiebre generalizado no arrasó también con esta laudable iniciativa en donde confluyeron sectores nacionales y organismos internacionales. Todo lo contrario, durante su breve gobierno, hasta el Presidente Duhalde se asoció a ella, en el contexto de la emergencia. Luego, la coyuntura económica positiva volvió a hacer confluír las miradas del partido gobernante y sus corrientes en las elecciones presidenciales del año 2003.

De todas formas, distintos especialistas reconocen que algunas iniciativas del Diálogo Argentino tuvieron repercusiones relevantes. En especial, aquellas dirigidas a paliar la grave situación social, lo que permitió, en definitiva, el despliegue -gracias a

una aceptable paz social- de la transición política y económica. También en la Mesa del Diálogo se desarrollaron diversos encuentros -o “mesas”- destinados a diferentes sectores de la política nacional: la ciencia y la tecnología, la justicia, la educación, etc. Algunos de ellos presentaron acuerdos más enhebrados y otros fueron espacios que consiguieron simplemente replantear disidencias sin emprender el afanoso camino del reconocimiento compartido de responsabilidades y de los justos reclamos de cada una de las partes. Los mismos Obispos lo señalaron así en sus documentos pastorales.

A partir del gobierno del Presidente Kirchner y del período de *crecimiento* que se afianzó -no sabemos aún si es de *desarrollo sustentable e integral*-, las actividades del Diálogo Argentino continuaron su andar con altibajos y en cierta soledad. Hoy en día, parece más bien una iniciativa que aglutina actores de la sociedad civil sin que todavía se logre sentar en las “mesas” a los agentes más poderosos y tradicionales de la nación: el Estado -en sus distintos niveles-, los partidos políticos y los grandes agentes del sector empresario y sindical. En algún sentido, parece que la tardía madurez argentina podría expandirse “desde abajo hacia arriba”. En definitiva, para quien simplemente ojea el diario, el Diálogo Argentino es la punta de lanza de diversos sectores de la sociedad argentina que quieren *repensarse en diálogo* como nación para superar el “coyunturalismo” que nos caracteriza como cultura.

En este contexto, la Pastoral Social y

Cáritas Argentina proponen la realización de un Foro Debate titulado “Argentina, Estrategia - País” en el marco de la integración regional y el mundo globalizado. Este Foro fue presentado e inaugurado el pasado 14 de junio en el Palacio San Martín con numerosa concurrencia. Desde estas páginas, haciéndonos eco de esta iniciativa, invitamos a todos nuestros lectores al próximo encuentro que se realizará el 17 de agosto en el mismo ámbito.

¿Cuál es el objeto de este Foro Debate? Los organizadores señalan que en “el mundo globalizado se constata la importancia de que los países reflexionen sobre sí mismos para la cristalización de proyectos sustentables. Se delinearán posibles escenarios futuros, algunos marcados por la fragmentación y otros por la integración, que nos presentan desafíos éticos a los cuales hay que dar respuestas”. Así se plantea la necesidad de un foro como “un espacio abierto de discusión donde el debate es enriquecido por la amplitud de la participación y el respetuoso intercambio de ideas”. Entre sus objetivos se encuentran:

- “Articular los múltiples aportes provenientes de la sociedad y exponerlos al análisis y la crítica constructiva”.

- “Arribar a un trazado de coincidencias básicas sobre un nuevo modelo de desarrollo nacional y de lineamientos estratégicos comunes en la región en el marco de un escenario futuro compartido”.

Para cumplir con sus objetivos el Foro se propone “la elaboración periódica de *papers* que irán reflejando los consensos y tensiones, producto del intercambio” y solicita que se difunda este proyecto entre “los actores sociales locales para alentar su participación”. Entre las actividades previstas, se encuentran: “reuniones con miembros del Poder Ejecutivo, Legislativo, Comisiones del MerCoSur, Embajadas y representantes de Organismos Internacionales”, “animación de foros regionales presenciales”, “seminarios públicos y semipúblicos con una amplia participación política y social” y la “elaboración de una publicación final a presentarse ante el Congreso de la Nación y otros Organismos Oficiales”.³

Frente a esta convocatoria, el proce-

so de renovación desde nuestro origen y tradición que se viene desarrollando desde hace unos años en la *Revista Valores en la sociedad industrial*, nos impele a aportar desde nuestra perspectiva al debate sobre la Argentina. Si nuestro país logra mejorar alguna vez, lo hará desde la toma de conciencia y la participación generosa de una gran cantidad de ciudadanos que modifiquen de raíz el cortoplacismo, el autoencierro y las ilusiones pasajeras de éxito económico a las cuales, todavía, somos tan afechos.

Por esta razón, a partir de este número, nuestra revista ofrecerá lo que podría denominarse una *sección* destinada a participar en este Foro Debate. Por ello, invitamos a nuestros lectores a enviar artículos y a entrar en diálogo con los que se publiquen aquí. Es nuestra intención también, organizar algunos seminarios y coloquios que promuevan además el encuentro interpersonal y el diálogo para enriquecer, desde otra dinámica, las miradas de cada uno y de los distintos grupos o comunidades. Nos colocamos públicamente, por tanto, a disposición de los coordinadores del Foro como otro ámbito de potenciación de sus objetivos y como colaboradores estrechos de sus actividades en lo que se juzgue necesario.

Finalmente, antes de introducir los dos primeros aportes que nuestra *Revista* realiza al Foro Debate es conveniente explicitar dos consideraciones. En primer lugar, ambos escritos surgen como comentarios y reflexiones a partir del Documento Base del “Foro Debate: Argentina, Estrategia País” *Consenso y tensiones en la búsqueda de un nuevo rumbo* que puede leerse en su sitio en Internet. Por lo tanto, hemos querido así responder en forma dialogal a la invitación del mismo Foro respetando su naturaleza. En segundo lugar, cabe señalar que ambos aportes se hicieron con cierta premura para poder intervenir con la prontitud requerida. Estos textos, se consideran seminales y serán profundizados en sucesivas oportunidades. Su carácter provisorio responde además a la intención de quedar “abiertos” a los aportes y críticas que se susciten de tal manera que el futuro desarrollo de las ideas

aquí expresadas no sea endogámico sino incluso de otras miradas. Ojalá este objetivo pueda cumplirse gracias a la participación de distintas personas y sectores a los que renovamos la invitación.

El primer texto, *Coincidencias y diferencias con el Documento Base del "Foro Debate: Argentina, Estrategia País"* elaborado por Carlos Hoevel y Carlos Horacio Torrendell, es un análisis introductorio del Documento Base desde una perspectiva social cristiana que pretende desentrañar los supuestos y lógicas del documento, resignificar sus tensiones y desarrollar algunas líneas posibles de profundización.

El segundo escrito, es una *Contribución del Departamento de Economía de la Universidad Católica Argentina*, realizado por Patricio Millán, su Director, y por los profesores e investigadores, Facundo Etchebehere y Ernesto O'Connor. Aquí el objetivo estuvo cifrado en esbozar algunas reflexiones y consideraciones preliminares como núcleos decisivos para el desarrollo de una Estrategia País.

Dios quiera así que la *Revista Valores*

en la sociedad industrial, responda solícitamente al llamado del Foro debate, que expresa el sentir de gran parte de la comunidad nacional y que, junto con investigadores, docentes y lectores pueda ser un espacio más para repensar y dialogar generosamente sobre nuestra Argentina.

¹ Una evaluación sintética de toda esta etapa y de la iniciativa del Diálogo Argentino puede verse en: Grupo Gerardo Farrell, *Crisis y reconstrucción. Aportes desde el pensamiento social de la Iglesia. Dimensión político-económica y Dimensión social y ético-cultural*, 2 volúmenes, San Pablo, Buenos Aires, 2003.

² Por ejemplo, cfr. Asamblea Plenaria del Episcopado Argentino, *Testigos del diálogo*, 27 de abril de 2002; Asamblea Plenaria Extraordinaria del Episcopado Argentino, *La Nación que queremos*, 28 de septiembre de 2002; y Comisión Permanente del Episcopado Argentino, *Recrear la voluntad de ser Nación*, 14 de marzo de 2003.

³ Estas citas fueron extraídas el 11 de julio de 2005 del sitio del Foro en Internet: [<http://www.caritas.org.ar>].

Coincidencias y diferencias con el Documento Base del “Foro Debate: Argentina, Estrategia País”

CARLOS HOEVEL Y CARLOS HORACIO TORRENDELL

1. Introducción

Situados en lo que todos esperamos sean los últimos años de la larga declinación argentina, agradecemos y felicitamos la excelente iniciativa de la Comisión Nacional de Caritas Argentina y de la Comisión Episcopal de Pastoral Social por abrir un espacio de diálogo como el “*Foro Debate: Argentina, Estrategia País*”. Cada vez es más evidente entre nosotros la necesidad de transitar hacia una democracia que no se limite al cumplimiento periódico de los procesos electorales sino que esté permanentemente alimentada por una amplia discusión de los temas de interés común. En nuestra opinión, sólo desde una activa participación de los ciudadanos en foros como éste, que hoy nos ofrece la Iglesia, y también en muchos otros similares, podrá ser posible ir anticipando los cambios necesarios para una progresiva reconstrucción de la vida nacional.

En este sentido, creemos, es también muy positiva la propuesta de comenzar el diálogo a partir de un texto que se ofrece como punto de partida. El escrito en cuestión se titula: Documento Base “*Consensos y tensiones en la búsqueda de un nuevo rumbo*”¹ (en adelante: DB). En él se propone un marco conceptual que va más allá de la mera coyuntura y eleva el nivel del diálogo a la discusión de ideas de fondo sobre los problemas del país. Siguiendo pues la invitación realizada en su “Propuesta metodológica” (p. 5), acercamos aquí un breve ensayo como respuesta a este DB, en el que expondremos ideas en parte coincidentes y

en parte críticas, que esperamos ayuden como una aproximación inicial que pueda ser, a su vez, sujeta a crítica y al diálogo interpelante para luego ser integrada en un documento superador junto con otros aportes.

El DB destaca tres ejes cruciales sobre los que enhebra todo su discurso: a) el debate sobre una visión estratégica del desarrollo del país; b) la articulación e integración de la nación en la región sudamericana; y, por último, c) la inserción internacional (p. 15). Estos tres ejes resultan de suma actualidad y un verdadero acierto para abrir el horizonte del debate. Sin duda, pensarse como nación, en el contexto de la región y del mundo, es el camino adecuado para estructurar el diálogo y desarrollar una verdadera estrategia integral.

A partir de aquí el DB esboza una serie de consensos emergentes sobre la realidad social y económica de la Argentina y describe distintas tensiones que se incluyen en el seno de estos mismos consensos. A nuestro criterio, esta idea también es muy valiosa pues intenta identificar consensos sin excluir el reconocimiento de conflictos o perspectivas a veces contradictorias en su interior y ayuda a encarar un diálogo honesto y que incluya a todos.

De este modo, en seguida presentaremos, en primer lugar, los consensos y tensiones que estructuran el DB. A continuación, en sucesivos apartados, introduciremos nuestras consideraciones alrededor de tres ejes: la discusión ideológica, la perspectiva sobre la historia argentina, la crítica

a la metodología de análisis social y a las condiciones éticas del diálogo implícitas en el texto. Por último, propondremos algunas conclusiones y temas para el debate.

2. Líneas generales del *Documento Base*

El DB parte de la idea de que estamos viviendo una etapa “bisagra de la historia nacional” en la que habría perdido su hegemonía lo que los autores identifican con diferentes denominaciones tales como “modelo o paradigma neoliberal”, “pensamiento único”, “estrategia ortodoxa del Consenso de Washington” que habría sido dominante en la Argentina de la década del 90 y, por lo demás, no sólo la causa principal de la gran crisis del 2001 sino del fracaso global de la Argentina como país. Esto abriría la oportunidad de reemplazar este modelo de “desarticulación de la industria nacional”, “desempleo” y “desesperación” para retomar un modelo de “movilidad social ascendente, configuración amplia de capas medias y pleno empleo” que habría caracterizado a la Argentina -sostiene el DB- aproximadamente hasta fines de los 80, exceptuando la época de Martínez de Hoz (p. 16). De allí que en esta línea, de acuerdo con el DB, es necesario diseñar una nueva “visión estratégica del desarrollo como nuevo rumbo a confirmar luego de la pérdida de hegemonía del modelo neoliberal” (p. 14). En efecto, frente a la visión que los autores llaman reiteradamente “economicista”, “antipolítica” y “privatista” caracterizada por “el repliegue del enclaustramiento privado” (p. 36) en la que prevalecería “una ética individualista que busca conciliar ética con interés empresario” (p. 19), esta nueva visión debería caracterizarse, en cambio, por adoptar “una orientación económica heterodoxa” (p. 16), fundada en “un vínculo social más sustantivo en torno a la cohesión” (p. 19) basada en “una perspectiva no técnica, sino ético-social en la búsqueda dialógica del bien común” (p. 15), denominada por el documento como “construcción dialógico-democrática” (p. 15) o “ético-comunicativa” (p. 34) que permita “una subjetivización más amplia y

dinámica en términos de pertenencia a una comunidad de valores” que los autores identifican con el “*ethos*” (p. 36).

Para ello, los autores proponen partir de una serie de consensos básicos “en relación al modelo de país a construir” (p. 5) que, en su opinión, se constatan en nuestra sociedad. En efecto, para los autores existen hoy en la Argentina, especialmente después de la terrible crisis del 2001, por lo menos ocho consensos básicos: 1) la necesidad de ir más allá del puro crecimiento económico y apuntar hacia una *concepción ética del desarrollo*; 2) la exigencia de que el modelo de *desarrollo sea sustentable*; 3) su necesaria *orientación productiva y generadora de trabajo*; 4) el desafío de que se trate de un *modelo regional* (Mercosur, Sudamérica); 5) la necesidad de *insertar a la Argentina activamente en la globalización*; 6) la importancia de la *reconstrucción del Estado*; 7) el rol clave de la *participación de la sociedad civil*; y 8) el papel fundamental de *la subjetividad y la cultura*.

Sin embargo, según el documento, si bien la mayoría de los argentinos estamos de acuerdo en general en estos consensos, existirían entre nosotros “tensiones vinculadas a los modos y formas de alcanzarlos” (p. 5). Estas tensiones no serían sino la expresión de la disyuntiva de hierro que es la base conceptual de todo el documento: *neoliberalismo o antineoliberalismo*. Así, el documento plantea las siguientes disyuntivas o *tensiones* dentro de cada consenso:

Concepción ética del desarrollo: las alternativas serían, por un lado, entre la “perspectiva procedimental” neoliberal basada en “la economía como ciencia neutral” (p. 18), que entiende a la corrupción como un problema de “moral individual” y al problema social como una “respuesta compensatoria ex post” a la decisión económica reducida a la “neobeneficencia” y, por el otro, la “perspectiva de la justicia social” basada en una “redistribución progresiva del ingreso” que incluyera una “reforma tributaria de carácter progresivo” y el carácter “colectivo” de los servicios públicos (p. 19), entre otras cosas.

Un modelo sustentable: la opción sería entre la perspectiva de “aceptabilidad de

los organismos internacionales”, la “complacencia a los mercados” (p. 29) basada en la necesidad de una “reconstrucción contractual” que mostrara nuestra “confiabilidad y voluntad de honrar los compromisos asumidos” (p. 21) superando, por ejemplo “los ‘atrasos’ de las tarifas” o la perspectiva del “equilibrio entre deuda externa y deuda social” basada en la idea de que “primero la economía crezca para poder pagar”, “para no pagar con el hambre de la población” (p. 20).

Una orientación productiva: la opción sería entre la “perspectiva sectorialista del complejo agroindustrial” que apunta “a promover exportaciones sin mayor preocupación por el mercado interno” (p. 22) y la “perspectiva reindustrializadora” sustentada por “pymes, cámaras empresarias y sectores mercado-internistas” (p. 23).

Un modelo regional: aquí la dicotomía se da entre una “perspectiva excluyente” basada en la idea de, por un lado, “una inserción directa de lo nacional en lo global” y, por el otro, de que existen en el país “regiones viables y regiones inviables” por lo cual debe aplicarse el criterio de “responsabilidad fiscal” con lo cual cada provincia “debería financiar sus gastos con la recaudación territorial de sus impuestos” y la “perspectiva incluyente” basada en la idea de “cooperación entre la Nación y las provincias” (p. 25), el desarrollo “articulado con lo local” especialmente a través de la creación de “cadenas de valor local” y “microrregiones” (p. 26), a la vez que una inserción del país en la globalización a través del “Mercosur y la Comunidad Sudamericana” que enfrente “la presión de los EEUU por definir la inserción en el ALCA” (p. 27).

Una inserción activa en la globalización: la opción en este punto sería entre una “perspectiva de inserción pasiva y acrítica” fundada en una idea “unipolar” y de “concentración económica” de la globalización propia de “ciertos actores económico-financieros” y una perspectiva de “inserción activa” más afín con los “movimientos ecologistas, las asociaciones de derechos humanos y de mujeres” mal llamada “antiglobalización” y que debería ser llamada “antineoli-

beral”, “de globalización de la solidaridad” o “altermundista” (p. 29) que “apunta a una agenda global de desarrollo y de lucha contra la pobreza sosteniendo que ‘otro mundo es posible’” y esperanzada en que en los próximos años tengan un rol destacado en la globalización “India, Rusia, China y Brasil” (p. 30).

La reconstrucción del Estado: aquí la alternativa se presentaría entre una “perspectiva que apunta a un Estado eficiente y regulador”, “pasivo”, “casi administrativo”, “ausente o gendarme”, “mero protector de la propiedad y las personas del sector ganador” o concentrado en “la transparencia, la seguridad y la eficacia” y en las “reformas estructurales de segunda generación” y, en cambio, una “perspectiva que alienta un Estado garante del desarrollo y la inclusión social”, con “beneficios previsionales a los excluidos”, aliento de “empresas públicas de carácter regional” (p. 31), entre otras cosas.

La participación de la sociedad civil: en este tema la opción sería entre una “perspectiva de participación para una democracia de opinión” en que el rol de la sociedad civil entendido como “tercer sector” se reduce a la “auditoría y control” del Estado y de la corporación política vistos como el “principal problema” (p. 34), “asistir a los pobres”, “privatizando la solidaridad (‘hacer el bien me hace bien’)” (p. 33), en tanto la otra opción sería la de una “perspectiva de participación para una democracia ampliada y concertadora” basada en “espacios alternativos, nodos multiactorales, foros, movilizaciones populares y ONG’s” (p. 32), orientados a ampliar y transformar el concepto de “ciudadanía en términos de búsqueda de un cambio de relaciones de poder y de constitución de una nueva agenda” (p. 33), recuperando “la política y el Estado como orientador de la economía en función del interés general” (p. 34).

El impacto de la subjetividad y la cultura: aquí el dilema estaría dado entre una “perspectiva cerrada y fragmentaria” típica del “pragmatismo, el individualismo y el economicismo predominantes durante los ‘90”, que lleva a la “uniformización y homo-

genización cultural”, la “dilución de todo proyecto colectivo y comunitario” (p. 34), el aislamiento del “proyecto educativo del modelo de desarrollo” y la concepción de los medios de comunicación “como negocio” y como cultura “evasiva, narcisista y de ausencia de todo sentido colectivo” (p. 35) que “busca posicionar a los individuos en el temor, la inseguridad y en el repliegue del enclaustramiento privado” (p. 36). Frente a ella estaría una “perspectiva abierta, dinámica e inclusiva” de la cultura centrada en la “inclusión como derecho humano”, reforzando “el sentido de pertenencia de los jóvenes” (p. 34), el papel fundamental de los medios de comunicación “en el marco de políticas culturales que posibiliten tanto la participación social, como afianzar el rol del Estado en la reafirmación del derecho a la libertad de información” (p. 35) y todo esto dentro de una explicitación de un “proyecto educativo como motor de la movilidad social” y la “recuperación de la cultura” a través de la apertura del espacio público, la asociatividad y la defensa de los derechos humanos” (p. 36).

Luego de haber trazado las líneas centrales del DB, intentaremos a continuación dar nuestro parecer sobre los ejes que anticipamos en la introducción.

3. El problema del desarrollo: ¿es el neoliberalismo el único culpable?

Ciertamente el DB que acabamos de describir tiene en nuestra opinión la gran virtud de mostrar el problema argentino en perspectiva global. En ese sentido, es un dato de la realidad la irrupción en el mundo desde fines de la década del 70 y durante los años 80 y 90 de un movimiento ideológico inspirador de reformas en casi todos los países que se ha dado en llamar con el nombre genérico de “neoliberalismo”. Dentro de éste se incluye muchas veces lo que en parte fue una reivindicación justa de libertad económica frente al excesivo control o tamaño del Estado. De hecho, en el campo de la política económica hubo muy distintos tipos de “neoliberalismos” que fueron desde las duras medidas priva-

tizadoras en Gran Bretaña, la desregulación parcial de Reagan en EEUU, la combinación de una gran apertura comercial al mismo tiempo que un fuerte apoyo del Estado en Chile, Australia y Nueva Zelanda, o las reducciones y reformas menores a los sistemas de seguridad social en Suecia o Alemania.

Sin embargo, también es cierto que existe un neoliberalismo claramente ideológico que considera que el desarrollo de la economía está basado en dar rienda suelta al interés individual, el cual, en competencia con el interés de los demás, daría como resultado el bien de toda la sociedad entendido como la mera suma de los intereses económicos individuales. El neoliberalismo sostiene esta concepción apoyado en un tipo de ciencia económica que pretende darle una justificación objetiva, basada en la idea de que los hombres actuamos siempre buscando nuestra máxima utilidad o beneficio y cuando esta conducta se desarrolla en el contexto de los intercambios de un libre mercado se logra el mejor resultado posible para todos y cada uno. Es cierto que no todos los liberales comparten las posturas más extremas como las de los libertarios o la de la Escuela económica de Chicago, quienes consideran que todas las áreas de la vida individual y social se rigen por la maximización del propio interés y constituyen “mercados” siendo la única función de la política el promover la apertura de estos “mercados”. Existen también liberales “neoconservadores” e incluso católicos que creen que tanto los mismos individuos como el Estado deben tomar decisiones que amortigüen para otros campos de la vida privada o social la lógica de maximización y el utilitarismo que, según ellos, no puede sino reinar necesariamente en la vida económica. Pero aunque estas últimas posturas reconocen la limitación del utilitarismo económico, en última instancia creen que no hay más remedio que aceptarlo, al menos para la economía, y en todo caso sólo cabe reparar los daños “por fuera” de la estructura económica cuyo funcionamiento eficiente exige que permanezca más o menos inamovible.

En ese sentido, creemos que la críti-

ca del DB al neoliberalismo es acertada en la medida en que éste reduce todo el problema social a los mecanismos impersonales del mercado, un ideal a perseguir tanto en política económica como en el resto de las políticas de Estado. Es también un hecho que la expansión de la globalización y de las nuevas tecnologías de la comunicación reforzaron enormemente la falsa ilusión neoliberal -aprovechada en muchos casos por dirigentes inescrupulosos- de que la política de los Estados nacionales ya no tenía otro papel que el de obedecer la lógica implacable, anónima y automática de ciertos mercados, especialmente, los mercados financieros internacionales. También coincidimos, por otra parte, con la crítica al intento del neoliberalismo de reducir la ética económica a un apéndice “ex post”, filantrópico, altruista o paternalista que es, en realidad, la negación completa de la ética y, mucho más aún, de la ética cristiana ya que convierte a la justicia y la caridad o en un acto de “egoísmo inteligente” o en mera limosna dada desde la posición de superioridad de un “ganador” a los “perdedores”. En realidad, en nuestra opinión, las teorías económicas neoliberales no son más que intentos de justificación pseudocientífica de un egoísmo productivista o consumista que es naturalizado, glorificado como una virtud y presentado como sinónimo de la búsqueda de felicidad, cuya posibilidad de ser compatibilizado con la ética es siempre hipócrita y puramente extrínseca.

Está clara, por lo tanto, para nosotros, la cuota de responsabilidad de la ideología neoliberal. Sin embargo, nos parece que no es la única ideología social en circulación en el mundo con consecuencias negativas. También existen formas nuevas que podríamos agrupar bajo un nombre también genérico de “neosocialismo” en donde se incluyen diversas posturas que tienen en común distintas reinterpretaciones del socialismo o del marxismo clásicos, aunque adaptadas a las nuevas formas propias de la globalización. Como en el caso del neoliberalismo, también a veces se incluye erróneamente dentro de los neosocialistas a quienes sólo creen que el mercado no puede ser entendido como un meca-

nismo totalmente desvinculado de la política y reivindican la necesidad de una regulación justa de la economía por parte del Estado. Sin embargo, también existe un neosocialismo ideológico que no es en realidad, a nuestro juicio, más que la otra cara del neoliberalismo. En efecto, los neosocialistas no critican la concepción economicista de la vida individual y social reducida a la obtención de una cada vez mayor producción y confort material. Simplemente difieren con los neoliberales en el modo de alcanzar este objetivo. Aceptando también los presupuestos neoliberales de que el mercado está regido por una lógica implacable de intereses egoístas que constituye una estructura rígida inmodificable *ab intrinseco*, los neosocialistas proponen su control, transformación o completo reemplazo por parte de una fuerza colectiva que ejerza una coerción externa sobre los individuos y logre distribuir los beneficios de una manera más igualitaria. El neosocialismo parece estar inspirado también en la idea de que ante la globalización generalizada del mercado sirven de poco las acciones individuales y sólo cabe hacerle frente mediante una globalización de estructuras colectivas que “pongan orden” al individualismo neoliberal.

De hecho, existen hoy distintas formas de neosocialismo. En efecto encontramos, por ejemplo, neosocialistas “globales” empeñados en reducir cada vez más la decisión de los Estados nacionales y sus ciudadanos imponiendo políticas mundiales obligatorias en temas como el control de la natalidad, la familia o el “género”, muchas de las cuales pasan por encima de la dignidad humana, aduciendo razones de desarrollo social; neosocialistas “comunitaristas” que en muchos casos consideran a la comunidad local o regional como un organismo superior al individuo hasta el punto de poner en cuestión sus derechos individuales; neosocialistas partidarios de una concepción social basada en la “razón comunicativa” quienes sostienen que tanto reglas como valores de la vida social son el exclusivo producto del consenso; neosocialistas “neoestadistas” quienes creen que el mercado, aunque inevitable, es un mal en sí

mismo al que hay que hostigar e intentar siempre reducir reemplazándolo por acciones estatales. En la práctica política se ve florecer al neosocialismo especialmente en algunos importantes *lobbies* con fuerte participación en organismos internacionales, en muchas políticas sociales, de bienestar y culturales en países tan variados como España, Francia, los países escandinavos e incluso en Gran Bretaña o en los Estados Unidos y en organismos de fuerte tendencia “redistributiva” y “protectora” como la Unión Europea.

Por lo demás, estas formas de neosocialismo suelen apoyarse en una filosofía que reduce al hombre a su dimensión social, política y comunitaria y desprecia o considera peligrosa su dimensión individual. Así es como todo lo que no está “socialmente consensuado” no tiene para esta ideología legitimidad alguna y todo lo aprobado con algún método “social” pasaría automáticamente a tener legitimación. Por otra parte, al menospreciar el papel del cambio moral interior en la subjetividad de los individuos, los neosocialistas niegan la posibilidad de una ética económica que informe las decisiones personales de los empresarios, consumidores u otros agentes individuales del mercado y, por tanto, su capacidad para mejorar desde adentro la estructura de las relaciones económicas.

Pero no sólo eso. Su negación de la moralidad individual también hace imposible una moral o ética social. En efecto, si bien los neosocialistas se refieren constantemente al papel de la ética del consenso, del diálogo y de la solidaridad, ¿qué consenso, diálogo o solidaridad puede haber sino existe previamente una transformación individual interior? Dado que para el neosocialismo no tiene sentido promover o instar al cambio ético individual, sólo cabe pensar que su concepción de la “ética social” se reduce a hacer sentir a los individuos el poder coercitivo de la colectividad. Así, a nuestro juicio, lo que los neosocialistas proponen no es una verdadera ética social ni menos una ética de comunión cristiana, sino el intento de oponer un poder (el Estado, los organismos globales) a otro poder (el mercado). Todas las transforma-

ciones estructurales que surgen por la mera fuerza de lo colectivo y sin algún grado de adhesión interna de las personas son, en nuestra opinión, meros cambios extrínsecos que no sólo suelen terminar en un fracaso, sino en el reemplazo de unos ganadores por otros que es el único fruto posible de una ideología que sigue manejándose en el plano de la lógica del poder aunque éste sea ejercido colectivamente y presentado como una “ética” social y “solidaria.” Esto no significa, claro, desconocer la importancia de las mediaciones sociales en el desarrollo de las subjetividades individuales y comunitarias, ni tampoco sostener que el Estado no deba ejercer una acción coactiva mediante las leyes o medidas políticas. Sin embargo, es evidente que éstas son impotentes si no están imbuidas de una conversión moral interior que es aquella que precisamente el neosocialismo desprecia.

En nuestra opinión, entonces, el DB parte de un diagnóstico incompleto del problema ideológico y cultural de nuestras sociedades al sostener la hegemonía del neoliberalismo como “pensamiento único” (p. 6).² En realidad, el neoliberalismo como reducción del hombre al mercado convive hoy con el neosocialismo como reducción del hombre al Estado, a la comunidad local o global. En tal sentido, a nuestro juicio, el problema de las actuales ideologías políticas y económicas y sus aplicaciones prácticas sigue teniendo su base, como lo vienen señalando innumerables pensadores desde hace ya varias décadas, en un problema cultural y espiritual más profundo que ha sido llamado con distintas denominaciones como el problema de la “sociedad del bienestar”, la “sociedad de consumo” o la “sociedad administrada o disciplinaria”, apoyado en una concepción positivista de la ciencia y la tecnología, en que la vida humana individual y social queda reducida a la satisfacción eficiente de necesidades ya sea por el camino neoliberal o por el neosocialista. A nuestro juicio esta visión unidimensional y alienante de la vida es el verdadero problema de nuestro tiempo y también el núcleo de la cuestión socioeconómica. De esta manera, creemos que el DB pone un énfasis exclusivo en el problema

del neoliberalismo, pero olvida al neosocialismo y, al hacerlo, corre el riesgo de suscribir a algunas de sus tesis que no son sino una expresión diferente de la misma ideología despersonalizante que hoy lo invade todo.

4. Crítica a la interpretación de la historia cercana del desarrollo argentino

El DB también sostiene que el neoliberalismo es la principal causa de los problemas del desarrollo argentino. Aquí también diferimos, tanto por las razones generales que acabamos de señalar, como por las que tienen que ver con lo que consideramos una interpretación sesgada y llamativamente deformada de la historia argentina del último siglo. La economía argentina sufrió ciertamente los males del neoliberalismo, pero ¿quién puede negar la influencia igualmente negativa de otros males como el estatismo, el corporativismo, el caudillismo clientelista, el marxismo revolucionario, el militarismo o el populismo?

Por lo demás, es cierto que durante la década del 90 se aplicaron en la Argentina una serie de políticas que podrían formar parte de la ideología neoliberal tales como las privatizaciones, la desregulación de la economía y la apertura a las inversiones y a capitales extranjeros. Pero estas medidas no son en sí mismas “neoliberales” ni, a nuestro criterio, necesariamente negativas, ya que facilitaron en parte la modernización de algunos sectores de nuestra economía que hoy son la base de capitalización sobre la que se asienta el actual crecimiento económico. Por otra parte, otras políticas de la década del 90 no fueron precisamente neoliberales comenzando por la misma ley de convertibilidad. De hecho ésta última fue una medida político-jurídica de fijación estatal del tipo de cambio que permitió en su momento poner fin a la historia inflacionaria e hiperinflacionaria argentina, aunque también demostró, a la larga, el fracaso de un exagerado control estatal en este campo. Tampoco, ciertamente, fueron neoliberales muchas otras políticas como la falta de disciplina

presupuestaria (el gasto público se elevó en un 80 % en valores constantes desde 1991) y fiscal que llevaron al Estado argentino a un pavoroso endeudamiento que arrastró consigo al sistema de previsión social y, finalmente, al sistema financiero mismo.

En definitiva, si bien la discusión sobre esa década durará probablemente mucho tiempo más, es necesario reconocer que no fueron sólo las medidas neoliberales las que nos llevaron a la crisis. Es preciso analizar qué otros factores influyeron en nuestro país para que reformas aplicadas con éxito o, por lo menos, con un costo mucho menor en otros países, como Chile, Nueva Zelanda o Irlanda tuvieran tan malos resultados en la Argentina. ¿No habrán sido los evidentes aspectos negativos del desempleo, volatilidad y concentración de riqueza propios de la nueva economía global potenciados en nuestro país por el viejo estatismo local con su corrupción, clientelismo y sistemas de prebendas por todos conocidos?

En este sentido, nuestra opinión sobre la interpretación que hace el DB de la historia argentina del último siglo también es crítica. En efecto, la “ilusión del desarrollo” no es exclusiva de los 90. Es evidente que los modelos de desarrollo encarados en la Argentina especialmente en los 40, 50 y 60 que venían a reemplazar el ya caduco modelo agroexportador, generaron también una “ilusión del desarrollo” basada en una industria en gran medida sobreprotegida y de escasa competitividad. Lo mismo podría decirse de las tasas ilusorias de empleo de aquellas épocas que escondían, en realidad, un desempleo encubierto. De hecho, la crisis de estancamiento e inflación de las décadas del 70 y 80 no fueron otra cosa que la manifestación de los límites terminales a los que había llegado ese modelo. En una palabra, la interpretación de la historia del desarrollo argentino no puede hacerse planteando todo el siglo XX como un siglo de desarrollo sólo interrumpido apenas en 1976 y en los 90: el drama de la decadencia económica argentina iniciada con el fin del modelo agroexportador nunca fue bien resuelto ni por las políticas estatistas o desarrollistas ni por las políticas

liberales o monetaristas y espera aún hoy la elaboración de una estrategia equilibrada entre políticas de mercado y de Estado, de crecimiento y de desarrollo, para su resolución definitiva.

5. De las falsas disyuntivas a las visiones integradoras

Hasta aquí hemos considerado lo que a nuestro juicio es una concepción incompleta y parcial del DB en su presentación del problema ideológico y en su interpretación de la historia argentina. A partir de allí, creemos que las tensiones que presenta el DB sufren de la misma parcialidad y plantea falsas disyuntivas desarrolladas a partir de la lectura dicotómica “neoliberalismo-antineoliberalismo”, más allá de aciertos concretos en algunas descripciones logradas. Reconocemos, por otra parte, que el texto plantea que estas tensiones son parte de nuestra realidad social. Más allá de esta cuestión, que abordaremos seguidamente, creemos valioso mostrar que estas dicotomías pueden ser integradas. En efecto, creemos que es arbitraria la disyuntiva entre “moral individual” y “justicia social” en el tema de la concepción ética del desarrollo y más bien habría que referirse a una “moral personal” que es a la vez, individual y social. Del mismo modo, nos parece errado, al tratar un modelo de desarrollo sustentable, contraponer el criterio de la “aceptabilidad de los organismos internacionales” con la de que “primero la economía crezca para poder pagar”, cuando sabemos que ambas cosas deben ser realizadas simultáneamente. Igual cosa cabría decir sobre la extraña inclinación del DB -de sabor ya rancio en la sociedad argentina- a oponer la “promoción de las exportaciones” a la “preocupación por el mercado interno” y la “perspectiva reindustrializadora”, cuando se sabe que un país como la Argentina debe pensar con realismo cómo va a poder alcanzar competitividad auténtica en su economía para poder convertirse en un gran exportador, especialmente a partir de agregar valor a su valiosa agroindustria y en desarrollo, de promover toda

industria que resulte competitiva y de encarar la venta de servicios desde la tradición creativa argentina. Por otro lado, de esta forma y simultáneamente deberá constituir un mercado interno justo. La experiencia internacional muestra que un verdadero desarrollo incluye, tarde o temprano, todos estos ingredientes.

Otras disyuntivas presentadas en el DB también nos parecen forzadas como la que se insinúa entre el criterio de “responsabilidad fiscal” con lo cual cada provincia “debería financiar sus gastos con la recaudación territorial de sus impuestos” y la idea de “cooperación entre la Nación y las provincias” (p. 25). ¿Es posible -nos preguntamos- rechazar la primera para realizar la segunda? Adherimos, por otra parte, a la necesidad de la creación de “cadenas de valor local” y “microrregiones” (p. 26) -éste es el modelo de desarrollo que hoy se propicia cada vez más en el mundo- pero no debería parecerse en nada a los falsos desarrollos regionales que se promovieron en otro tiempo.

En cuanto a la inserción argentina en la globalización, no caben dudas acerca de la importancia de la dimensión geopolítica y cultural del “Mercosur y la Comunidad Sudamericana” pero ello no significa que deba ser el único ámbito en el que se inserte la Argentina, especialmente si queda teñido del rasgo ideológico de una unión ante “la presión de los EEUU” (p. 27).

Otra disyuntiva que nos sorprende es la que se plantea entre “un Estado eficiente y regulador”, “mero protector de la propiedad y las personas del sector ganador” y una “perspectiva que alienta un Estado garante del desarrollo y la inclusión social.” ¿No sería mejor hablar de un Estado respetuoso del orden jurídico, de la propiedad y los contratos que sea a la vez, y en parte por ello mismo, alentador del desarrollo? En relación a la sociedad civil, por lo demás, tampoco creemos que sea adecuado contraponer como lo hace el DB las valiosas funciones de ésta en la “auditoría y control” del Estado y en la ayuda privada a los pobres y la “perspectiva de participación para una democracia ampliada y

concertadora”. Creemos que la sociedad civil puede y debe incluir ambos conceptos.

Por último, si bien estamos de acuerdo en que nuestro problema cultural tiene que ver con una cultura “evasiva, narcisista y de ausencia de todo sentido colectivo” (p. 35) no nos parece que haya que identificar automáticamente la verdadera cultura, por ejemplo, con la acción de los medios de comunicación “en el marco de políticas culturales que posibiliten tanto la participación social, como afianzar el rol del Estado en la reafirmación del derecho a la libertad de información” (p. 35). Mucha experiencia tenemos ya del manejo ideológico-político que se hace en nombre de las “políticas culturales”. Creemos que en el DB hace falta una visión superadora de la cultura, vista no tanto desde una falsa oposición entre “enclaustramiento privado” y “proyecto colectivo”, sino como un despliegue de la vida espiritual y material de las personas individuales -inada se habla en el DB de la necesidad del crecimiento personal para la cultura!- las comunidades y las tradiciones históricas, en perspectiva de nación y en sintonía con la cultura universal.

6. De las tensiones a las (dis)tensiones: hacia una ética del diálogo

Según nuestra visión, el DB manifiesta una cuestión adicional que aunque, a primera vista, parecería “metodológica” o ligada al “análisis del discurso” puede causar la marginación, en función del diálogo, de algunos sectores de la comunidad nacional y limita éticamente, quizás aún más que su propia perspectiva ideológica, el futuro del debate que pretende iniciar. Es necesario detenerse en el análisis de la misma configuración del DB para explicar esta afirmación. Para ello distinguiremos tres problemas o aspectos: la “naturaleza” del texto, la presentación “valorativo-discursiva” de las tensiones y la cuestión del “autor”.

La naturaleza del DB. En primer lugar, el DB -recordemos- se presenta como un texto inicial de un Foro Debate que persigue “colaborar con la construcción de una

visión estratégica del desarrollo para Argentina”. “Este espacio plural para la participación, contará con una metodología multiactoral que permita discernir opciones y alternativas en la búsqueda de una noción de desarrollo de mediano y largo plazo” (p. 3). En este marco, el DB “analiza la configuración del escenario socio-político posterior a la crisis argentina de diciembre de 2001, con el fin de fundamentar la necesidad de explicitar el rumbo a seguir en nuestro país los próximos años. Por otra parte, también son enumeradas las tensiones subyacentes a estos consensos”. Finalmente, se aclara que este DB intenta hacer un análisis que interpele “cuestiones sustantivas” y que éstas pueden ser tomadas para su profundización, crítica y discusión. El DB, a su vez, no posee “consideraciones finales” para “posibilitar la construcción en forma abierta y plural de conclusiones compartidas” (p. 4).

Es explícito entonces qué pretende este foro y qué se busca con este primer paso que es el mismo DB. Como lo señalamos en la introducción, se destaca como muy positiva la iniciativa del foro, la apertura de espacios para un diálogo participativo sobre la estrategia nacional y el hecho de reconocer consensos que incluyen tensiones. Esto último, insistimos, es un acierto realista. Sin embargo, y aquí es donde ubicamos el problema fundamental, la naturaleza del DB en el contexto del Foro Debate hubiera requerido ciertos cuidados metodológicos y discursivos que respondan con justicia a la invitación abierta que se quiere realizar. El DB, como lo comprobamos en el estudio hasta aquí encarado, está más cerca de ser un *documento sectorial* que expresa su visión ideológica -legítima, obviamente, dentro de un sano pluralismo- que un texto que se presenta con una (siempre) *relativa neutralidad descriptiva* -al modo de un mapa o cartografía representativa de las perspectivas nacionales- y que, por lo tanto, invite cordialmente a la participación de todos en el debate. Expliquemos detenidamente esta cuestión.

La pretensión de enunciar consensos y tensiones que representan no sólo constelaciones ideológicas sino también, y esto es

clave a la hora de comprender el problema, *grupos de argentinos concretos con los cuales también hay que dialogar*, requiere desarrollar textos como el DB de una forma muy *inclusiva*. ¿Qué significa esto? Por supuesto que reconocemos que todos tenemos el derecho de presentar nuestras posiciones, justificarlas y además, explicar qué dificultades observamos en otras posturas. De hecho, lo estamos haciendo en este escrito. Pero cuando pretendemos escribir un documento para iniciar un diálogo nacional, hay que reconocer que el tipo de texto a diseñar debe ser diferente. Esto no implica abonar un pluralismo relativista ni un eclecticismo acrítico. Pero sí comprender que sobre la materia “estrategia nacional” puede haber diversidad de ideologías, de tradiciones, de experiencias en juego más o menos legítimas y honestas y que, si el diálogo está bien planteado, pueden lograrse acuerdos y reconocimientos mutuos de verdades parciales y errores o limitaciones propias. El Foro y el DB reconocen la diversidad y, al desarrollar el DB, pretenden colocarse *por arriba* de la disputa identificando consensos y tensiones, al modo de una descripción. Sin embargo, esta descripción de las posiciones del debate se vuelve además *valorativa* y, por lo tanto, el DB se constituye en un documento que evalúa la realidad *desde su propia perspectiva*.

La identificación de consensos y de tensiones desde un ámbito social como el Foro, ahora sí, requiere de una metodología diferente. Por ejemplo, recientemente, Claude Thélot, Presidente de la Comisión del debate para el futuro de la Escuela,³ explicó que este organismo independiente había sido instituido en Francia por el Presidente Chirac con el objeto de promover un gran debate nacional y relevar la opinión de especialistas, actores y de la sociedad en su conjunto para identificar las grandes demandas y necesidades existentes en vistas a una reforma educativa instrumentada a través de la sanción de una nueva ley de educación. Este trabajo se realizó con una detallada metodología sociológica que permitió la expresión de todos, aún de aquellos a los cuales se les dificultaba participar.⁴ Por otra parte, en este senti-

do, se destaca la contribución crítica de Juan Carlos Scannone a las lecturas de los problemas argentinos por parte de los Obispos en sus últimos documentos colectivos, donde señala un “déficit de mediaciones”. Éste consistiría en no tener en cuenta el aporte que pueden hacer las ciencias “humanas y sociales” al “ejercicio de una *racionalidad práctica* -tanto *comunicativa* como *estratégica*- (...) puestas al servicio de los fines éticos, así como también el uso de los *instrumentos institucionales y organizativos* correspondientes, sin dejarlo todo librado a la espontaneidad y la buena voluntad”.⁵ Sobre la base de la experiencia francesa y de esta valiosa apreciación, creemos que es necesario aplicar también esta reflexión, en forma análoga, a la labor del Foro Debate y al diseño de textos como el DB a través de la elaboración de metodologías que permitan abordar a consideraciones representativas y con un lenguaje cuidadoso. De esta forma, se pueden desarrollar textos que inviten a todos al debate y que no marginen a nadie desde la misma expresión de los consensos y tensiones descriptas. Esto, a la vez, no debe orillar en un cientificismo social ni en un racionalismo metodológico inconducente.

La presentación “*valorativo-discursiva*” de las tensiones. ¿En qué aspecto del DB estos problemas se manifiestan con mayor agudeza? Como se anticipó, nos parece que esto ocurre en la forma de enunciar, o mejor de *denominar-valorar* los polos de las tensiones existentes. Por ejemplo: unos poseen una “[p]erspectiva excluyente” y otros una “incluyente” (p. 9); hay quienes promueven la “inserción pasiva y acrítica” y aquellos que favorecen una “inserción activa” (p. 10-11); hay quienes plantean una “[p]erspectiva cerrada y fragmentaria” frente a quienes vislumbran una “abierta, dinámica e inclusiva” (p. 12-13). Los pares de las tensiones, casi hasta estéticamente, reclaman del lector el rechazo de un polo y la adhesión al otro que es el que claramente proponen como estrategia válida los autores. Así, ¿quién sostendría “suelto de cuerpo” que su propuesta es *excluyente, pasiva, acrítica, cerrada y fragmentaria*? Y ¿quién no diría que su planteo es *incluyente, abierto*,

dinámico y activo? Aún hasta el más radical neoliberal, aunque nosotros no compartamos sus ideas y podamos demostrar que está equivocado, nunca aceptaría los calificativos evidentemente negativos utilizados en el DB y hasta podría defenderse diciendo que justamente su propuesta es más abierta, inclusiva, etc. Por lo tanto, la descripción de los polos del DB no es neutral sino todo lo contrario. Este recurso discursivo es legítimo en el contexto de un debate pero no puede ser la *base* para un diálogo inclusivo, que no provoque desconfianza ni conflictos desde el principio.

Por otra parte, las tensiones discutidas se dan entre lo que podríamos llamar genéricamente una *posición socialdemócrata o neosocialista*, que trata de mostrarse como integradora y hasta con cierta capacidad de síntesis al incluir aportes de la ortodoxia económica, y un *polo de derecha o neoliberal reincidente*. Este planteo nuevamente parece sesgado: ¿no existen, por ejemplo, los rupturistas que no desean ningún diálogo con los organismos internacionales? ¿No son también argentinos aquellos que poseen una visión estatista más fuerte que la del *polo integrador* del DB? ¿Son tan pocos?

En este sentido, el recurso discursivo de plantear sólo las diferencias entre un neosocialismo actualizado y un neoliberalismo rancio deviene en el corrimiento de las tensiones *hacia la derecha* lo cual provoca dos efectos: por una parte, se *sobre-dirige* la atención al neoliberalismo, recrudesciendo y *sobre-acusando* su posición y deslegitimándola en función de su inclusión en el debate; por otra, se hacen invisibles las posiciones colectivistas radicales o comunitaristas. No sabemos cual es la razón de este *olvido*. Pero sea el preservar esos planteos o el directamente obviarlos por superados, dejan nuevamente a un sector de la vida nacional marginado de la discusión. En síntesis, la forma de plantear los disensos intenta sensibilizar al lector a favor de uno de los polos, provocar el rechazo del segundo y obviar un tercero. Evidentemente, quien se encuentre en una de las posiciones denostadas o desaparecidas no se integrará el diálogo y, si persiste en ello, se sentirá inicialmente incómodo.

La cuestión del "autor". En parte esta observación está ya implícita en lo desarrollado hasta aquí pero es necesario explicitarla brevemente. Un texto como el DB para que no posea las limitaciones que marcamos tiene que estar elaborado al calor de otra metodología que incluya a los distintos sectores sociales e ideológicos. De esta forma, si cada grupo coloca sus propuestas al menos se sentirá representado en el polo que expuso. De esta forma, además la convocatoria al debate adquirirá legitimidad e identificará a cada sector con el esfuerzo personal y social que implica todo foro de estas características.

Por otro lado, el esbozo de propuesta metodológica que realizamos se hace más necesario por ser instituciones de la Iglesia Católica las que convocan al debate. Si nuestra Iglesia se ofrece generosamente en esta línea -para ser casa del diálogo- tiene que tratar de incluir a todos y distinguir con claridad sus ideas y propuestas de aquellos documentos que, para iniciar la conversación, tienen que reunir la diversidad. En esto hay que redoblar el cuidado. Pero hay aún otro elemento que llama la atención. Dado que ya hemos demostrado que la lectura de la realidad del DB es sectorial, tratándose de un documento presentado por organismos eclesiales, sorprende lo poco que se ha abrevado en el pensamiento social cristiano argentino, latinoamericano y universal.⁶ Es cierto que se citan documentos del episcopado local, pero éstos son sólo aquellos de menor alcance y que surgen durante los últimos años. Con esta observación no queremos indicar que hay que apelar a estas fuentes prescindiendo de otras pero sí que habría que recurrir mínimamente al rico acervo social-cristiano, que no incluye solamente los pronunciamientos episcopales de ocasión. En síntesis, o la Iglesia propone sus ideas para un debate o se coloca en el lugar de soporte del diálogo. En la primera opción, sus documentos reflejarán sus aspiraciones y compartirán la mesa junto con otros. En la segunda, tendrá que extremar el cuidado por el diseño institucional del diálogo de tal forma que incluya a todos. Por supuesto que la Iglesia puede cumplir ambos roles,

como cualquier otra institución, pero debe distinguir muy bien en cada ocasión desde qué lugar está pronunciándose. En este sentido, el valioso recorrido del Diálogo Argentino fue y es una experiencia que demuestra que esto es posible.

Por las razones presentadas hasta el momento, vemos la necesidad de desmontar estas tensiones -por eso proponemos realizar (dis)tensiones- y promover un esfuerzo conjunto para reconfigurarlas en un futuro documento que dé resultados más representativos e inclusivos. Todo diálogo de la envergadura de un debate nacional requiere previamente reflexionar sobre la ética que posibilita las condiciones para un diálogo convocante -a esto nos referiremos in extenso en las conclusiones-. Para poder dialogar, es también clave reconocer con precisión qué posiciones hay en juego para lo cual hay que *dejar hablar* a cada polo en cuestión reconociendo además que pueden haber más de dos. Por eso, es vital la forma de presentar los disensos, tratando de evitar todo término que, como en las oposiciones antes descritas, puedan conllevar valoraciones implícitas o explícitas. En definitiva, cada uno tiene que presentar su “posición” y luego, mediante un genuino diálogo, vislumbrar los límites y riquezas de las tensiones existentes.

Así, para concluir este apartado, proponemos que el Foro Debate que nos convoca desarrolle una metodología más organizada, participativa e inclusiva que permita abordar el primer desafío, o sea, la *configuración del marco y campo del debate*, reubicando los consensos y las tensiones existentes en la realidad de nuestra sociedad. Más allá de no negar el rol de los académicos y especialistas en esta tarea, es necesario abandonar relativamente o al menos interpelar la función de “intelectuales orgánicos o universales”⁷ y caminar así una labor de interpretación de los problemas sociales y políticos -función que no se debe abandonar- reconstruida desde una metodología, menos vertical y más horizontal, que incluya a la sociedad que se pretende interpretar. No sólo la política y el Estado tienen que abrirse, también nuestras lecturas académicas. Esta propuesta

puede parecer, por instrumental, muy básica pero, en el contexto de la complejidad de las actuales sociedades, es un nuevo paso hermenéutico y ético que permite captar más adecuadamente sus dinanismos más genuinos y, por lo tanto, promover un verdadero diálogo interpersonal y menos formal.

En este sentido, finalizaremos este escrito desarrollando algunas conclusiones centrales y proponiendo un conjunto de “temas”, obviamente desde nuestra perspectiva, que puedan ser un aporte para el desarrollo de consensos y tensiones más amplios. A la luz de lo antedicho, no consideramos que nosotros debamos asumir la descripción de las principales tensiones en juego -ésta es una tarea que nos supera- pero sí manifestar algunas ideas y propuestas para intervenir en el debate desde nuestro modo de ver las cosas.

7. Conclusión: el desafío del personalismo ético como núcleo del desarrollo argentino

Nos parece un acierto del DB el hecho de proponer abordar los consensos existentes en el país yendo más allá de lo puramente socio-económico, como es frecuente en otros documentos de este tipo, y enfatizar la importancia de la dimensión ética y cultural. Ya es más que evidente el fracaso de los acercamientos economicistas que reducen los fenómenos sociales a procesos o mecanismos impersonales regidos por una lógica puramente utilitaria.⁸ Sin embargo, creemos que la discusión ética y cultural de la economía debe ser abordada con más énfasis desde su verdadero núcleo: la persona humana. En efecto, a nuestro juicio, la acción económica es un aspecto de la acción humana que brota del interior de la persona y, por lo tanto, hay que comprender y redescubrir su lógica auténtica desde este mismo origen.

Ser persona significa, en primer término, haber recibido como don un ser propio individual e irrepetible. Si se niega la individualidad no hay persona ya que no habría en ese caso un “yo” que se me hubie-

ra dado como el don más preciado que es mi propio ser. Pero ser persona no implica sólo poseerse y recibirse sino ante todo darse, hacer entrega libre de uno mismo como don a Dios y al prójimo en tanto imagen de Dios. Así, la plenitud de la vida personal, con la cual se identifica la ética cristiana del amor, no es otra cosa que este darse como don desde lo que uno es y ha recibido, a su vez, como don, por medio del cual la persona se confirma en lo que es y, al mismo tiempo, se entrega a otro. La persona *es* más cuando se *da* más. Pero no puede darse si no se recibe a sí misma, sino se encuentra consigo misma. Uno no puede darse a sí mismo si se aliena, si niega su propio ser. Se trata pues de dos procesos simultáneos que no pueden separarse: el de ser y recibirse a uno mismo y el de darse a los demás.

Pero al hombre no sólo le es entregado un ser propio sino también un *tener* propio del cual también tiene que hacer don siguiendo la misma lógica de toda su vida personal. En efecto, el sentido de la actividad económica consiste en *tener* bienes económicos -no simplemente en regalarlos o enajenarlos lo cual los dejaría sin dar fruto- pero en tenerlos *dándolos*, ofreciéndolos como don a través de su uso productivo para satisfacer con igual actitud de don tanto las propias necesidades como las de los demás. A nuestro juicio, es errado el planteo neoliberal y neosocialista que ve a la acción económica individual como irremediabilmente egoísta y utilitarista. Tampoco creemos que haya una contradicción intrínseca entre el ser y el tener, entre la economización y el don. Por el contrario, la acción económica, si está integrada en una acción personal abierta al don, puede perfectamente adquirir, ella misma, la forma del don. Estos puntos de vista no proceden de un espiritualismo ingenuo. Cada vez es más abrumadora la bibliografía académica en el campo económico en los últimos años que muestra la falsedad de la hipótesis utilitarista como único móvil posible de la acción económica y la evidencia empírica de la poderosa influencia de valores morales como el sentido de justicia, de confianza o de generosidad que impregnan

muchas acciones de los empresarios, consumidores y otros agentes del mercado. En otras palabras, la economía no tiene una lógica utilitaria autónoma sino que toma la orientación que tome interiormente la persona humana: de allí el enorme poder de la espiritualidad personal que es el que da forma a la economía desde su mismo origen.

Por otra parte, esta dimensión personal de la economía no se contrapone con su dimensión social sino todo lo contrario. El *tener económico* vivido como don (invirtiendo, produciendo, trabajando, consumiendo o comerciando, teniendo siempre en vista la satisfacción de las propias necesidades pero también las de los demás como si fueran las propias), aún cuando se mantenga como un tener individual (propiedad privada) y en la medida en que no sea poseído avaramente o consumísticamente, *se hace bien común*. Así, no hay contradicción intrínseca entre la actividad económica de las personas y la sociedad, entre la propiedad privada y el bien común.⁹ De hecho, la socialización de los bienes de producción o su enajenación indirecta por medio de una coacción excesiva impositiva o regulatoria, pueden ser enormemente antisociales ya que quitan la posibilidad de su donación personal a quien los posee y con ello empobrecen no sólo materialmente a la sociedad en inversiones, bienes y servicios que se dejan de producir y brindar, sino sobre todo la empobrecen espiritualmente. Ciertamente no es nuestra intención idealizar a la economía, ya que tampoco se debe perder de vista la tendencia del hombre al egoísmo y a la posesividad avara y la necesidad de ejercer una coacción legal a quienes convierten a su actividad económica en un puro medio de explotación del prójimo. Sin embargo, precisamente para comenzar a cambiar esto último, el camino no es resignarse a pensar la economía y el mercado como el ámbito natural del egoísmo, sino en tomar conciencia que es una dimensión enormemente importante de expresión de la vida personal y social a la que hay que seguir apostando a renovar evangélicamente desde su mismo núcleo y no simplemente “reparar” o “coaccionar”

desde afuera. No creemos, así, en la falsa disyuntiva entre una concepción del desarrollo basada en el individualismo utilitarista apenas amortiguado por una “neobeneficencia” hipócrita y otra basada en la “justicia social” entendida como una “redistribución del ingreso” realizada por medio de la coacción política o social. Por el contrario, creemos que la ética personal es la base de la justicia social en la medida en que la justicia es ante todo una virtud personal que puede dar forma desde su origen a la vida social y económica.¹⁰

Así, aplicando esta reflexión general al caso argentino, creemos que nuestro país debe apostar a la conversión personal como único punto de partida posible de una estrategia para su desarrollo. Esta conversión debería probablemente tener características similares a las que son necesarias en otros lugares del mundo pero habría que sumarles las que sanarían las formas de irresponsabilidad, improvisación, corrupción, cortoplacismo y falta de espíritu nacional más típicas del egoísmo argentino. Esta conversión, en campo económico, tendría que partir de una fuerte personalización de la vida empresaria y laboral. También creemos que debe darse una revolución de la responsabilidad y el don en la vida política y de la sociedad civil en general. Es cierto que existe una presión despersonalizante de todo el sistema -compuesto por una mayoría no sólo nacional sino mundial- inclinada ciegamente a la obtención de las propias ganancias, al consumismo o simplemente a un activismo vacío. Sin embargo, creemos que la solución no es un cambio extrínseco de estructuras sino el cambio interior, la conversión de los corazones, que es el único modo posible para ir modificando los problemas estructurales, estrategia a la que siempre apostó la Iglesia y que nosotros creemos que hoy debemos renovar con fe.

Por otro lado, según quedó evidenciado en el sexto apartado de este escrito, los argentinos tenemos otro desafío ético común: repensar nuestras formas de dialogar, nuestra ética del diálogo que se manifiesta en los procedimientos que usamos. Este es un aspecto especialmente delicado

de nuestra *personalidad nacional*. En este sentido, tenemos que aprender a sentarnos en la mesa. Para ello es imprescindible “salir a buscar a todos” a los caminos donde quieran que estén e insistirles en que son bienvenidos. Luego debemos aprender a ponernos en el lugar ideológico y experiencial del otro. La decadencia argentina ha promovido la acumulación de resentimientos y desconfianzas. Por esta razón, la mutua denominación de las perspectivas o posiciones tiene que ser muy cuidadosa. No se puede invitar a dialogar a alguien para caratularlo, desde la misma mesa, según mi propia perspectiva. Por supuesto que es legítima la evaluación del otro y su propuesta. Pero en el inicio es necesaria una apertura que, sin olvidar el pasado ni soslayarlo, permita que nos escuchemos en un acto primordial. Luego sí, cuando nos hayamos familiarizado y descubierto como partes del mismo drama, será el momento de la *memoria* y de la *crítica* en un marco de corresponsabilidad mutua.

Pero para que esto sea posible nos parece necesario concebir nuestra memoria de un modo integral. A la hora de encarar un diálogo tendiente a promover y definir estrategias institucionales siempre se hacen presentes viejas y recientes heridas y prejuicios. Esto ha quedado explícito, una vez más, en el DB. Hay que sentarnos en las mesas de diálogo con una memoria purificada liberando “la conciencia personal y común de todas las formas de resentimiento o de violencia que la herencia de las culpas del pasado puede habernos dejado” pues ellas “dejan sentir a menudo el peso de sus consecuencias y permanecen como otras tantas tentaciones hoy en día”¹¹. Para ello, es clave que el diálogo encarado para delinear un futuro en comunión permita la experiencia de otro tipo de mirada sobre el otro y su (nuestro) pasado: “Si el olvido es un recurso de la voluntad colectiva contra memorias fragmentadas que se cobran revancha, un paso más nos llevaría a una magna experiencia todavía inédita: la de la *memoria total*. Es decir, no la que elige un fragmento del pasado para convertirlo en motor de una tradición viva, sino la que elige el pasado del hombre en la totalidad sinfónica de su hazaña. (...) A partir de esa

memoria de la unidad totalizadora de lo humano en el pasado, también hallaremos las bases sólidas de un reencuentro con el empeño de tener futuro. Sólo así se abriría, presumo, un espacio para la utopía”.¹²

Finalmente, en el contexto de una ética para el diálogo argentino, éste “a diferencia de una conversación superficial, tiene como objetivo el descubrimiento y el reconocimiento común de la verdad”.¹³ El diálogo no es un encuentro exclusivamente horizontal sino uno en donde al menos dos se colocan en tensión también vertical, hacia el *logos*. Éste tiene que ser también nuestro norte concreto: el descubrimiento *en común de la verdad sobre la política que tenemos que ayudar a delinear asumiendo como un valor la diversidad de talentos y perspectivas*. Además “nadie puede desempeñar sinceramente un papel en un proceso de diálogo si no está dispuesto a exponerse a la verdad y a crecer en ella”. Por eso, consideramos que el mensaje cristiano y la oportunidad histórica que estamos viviendo nos convoca a abrirnos a la verdad que puede aparecerse frente a nosotros aún en la palabra de aquel sobre el cual caen nuestros prejuicios. Y si creemos sinceramente equivocado o parcial su planteo, esforcémonos por entender su fundamento, su racionalidad, su expresión, su semilla de verdad y juntos descubriremos, en un clima fraterno y en el tiempo que se requiera, la naturaleza de una verdad más integral sobre nuestra nación. Es imperioso que evitemos el silencio resentido que juega en este punto muchas veces un protagonismo peligroso y la palabra intempestiva e inoportuna que cierra al otro al replanteo humilde de su afirmación.

Existe otro peligro al cual los argentinos somos afectos: “la pretensión de tener siempre la razón. Es el caso de interlocutores que no se dejan guiar por el esfuerzo de comprender, sino que exigen para sí mismos todo el espacio del diálogo. En esta línea, pronto deja de existir un intercambio sincero. La diversidad que enriquece se convierte en oposición agresiva, en busca de un escenario para presentar el propio monólogo. Entre los interlocutores se levanta una muralla fría, que separa mundos cerrados en sí mismos. En vez de la sincera búsqueda de la verdad, se dan pretensiones, amenazas e imposiciones”. En nuestro trabajo conjunto, tenemos que aprender

a presentar nuestras propuestas no como un “todo cerrado” y representativo de la totalidad sino como instrumentos musicales que utilizados apropiada y limitadamente en una sinfonía, concurren en una belleza que nunca podrían alcanzar aisladamente.

Además muchas veces podemos desprendernos, en función de un proyecto común, de ciertos términos que pueden ser reemplazados por otros más apropiados en determinados contextos sin caer por esto en un nominalismo craso. Deberíamos quizás encontrar también aquellas ideas y palabras integradoras a través las cuales, sin convertirnos en consensualistas y desarrollando pacientemente el sentido de cada una, todos puedan ver expresada hasta donde sea posible sus ideas y propuestas. La búsqueda de nuestra estrategia nacional no es una verdad *a priori* que hay que encontrar afuera de nosotros ni que un iluminado, por más sabio que sea, pueda proponernos. Es un descubrimiento al que hay que *llegar* entre todos los habitantes de la Argentina a partir de nosotros mismos. El acuerdo nacional que surge así no es fruto de un consenso horizontal, racionalista, externo o impuesto sino de una búsqueda desinteresada, integradora y armónica de la *verdad posible y prudente* sobre nuestro futuro común.

A continuación, para concluir estas reflexiones, luego de haber esbozado esta síntesis ética que propone una concepción personal, social y dialógica destinada al desarrollo y despliegue de un debate en torno de una estrategia nacional, presentamos ideas para el diálogo sobre la Argentina.

8. Algunos temas para repensar la Argentina

A partir de lo desarrollado hasta aquí y teniendo en cuenta precisamente los aportes y las carencias que pueden vislumbrarse de acuerdo con los tres ejes de nuestra lectura del DB -la mirada sobre el problema ideológico, la perspectiva histórica y la crítica a las falsas disyuntivas y a la forma del diálogo, enunciaremos brevemente algunos elementos que, desde nuestra perspectiva, podrían ser ofrecidos en la mesa junto con otros. Dejamos estos temas sim-

plemente esbozados con el propósito de que queden abiertos para ser ampliados o revisados sucesivamente, siguiendo así la tónica del Foro.

Argentinos a las cosas. Según la conocida sentencia de Ortega, proponemos que el debate argentino sobre nuestra estrategia de país supere las dicotomías ideológicas y avance sobre discusiones que por concretas no dejan de ser estructurales. Queremos ser claros en este punto. No proponemos reducir el debate a lo local, ni a la eficiencia ni al voluntarismo. Más bien, promovemos incluir los aspectos ideológicos, globales y estructurales en *un debate que parta de lo concreto*, donde se integra naturalmente lo particular y lo universal, lo endógeno y lo exógeno, lo micro y lo macro. Esta línea de trabajo implica reunir a los agentes sociales de distintos sectores, en especial, el simbólico y el productivo. El DB es rico en elementos que podrían ayudar en esta dirección.

Diseñar políticas universales. Un consenso que percibimos como casi general es el de lograr una mayor integración de la sociedad argentina que supere la fragmentación y la injusticia. En este sentido, sorprende que pese al despegue de la economía en los últimos años, se encuentre postergado el debate sobre la inclusión universal de todos los habitantes de nuestra nación. En función de este cometido, es imprescindible recentrar nuestras fuerzas en la política educativa y de salud de forma tal que podamos brindar condiciones equitativas para el desarrollo que no están tanto en la distribución de los bienes materiales sino en la ayuda para desplegar las capacidades personales de todos los habitantes que les permita crecer por sí mismos como personas.

Redistribuir las cargas fiscales. Hoy en día aparece también otro consenso en nuestra sociedad que trasciende fronteras ideológicas: se evalúa que el sistema impositivo se hace más pesado sobre las espaldas de los sectores de menores ingresos y también, vía la coparticipación federal, sobre las regiones más desbastadas. Aunque no podemos abundar sobre este punto aquí, señalamos que redistribuir impuestos no debería significar crecimiento del Estado sino la posibilidad de generar mayores posibilidades de acceso a la propiedad, en aquellos sectores que menos poseen. Es notable la persistencia de este esquema impositivo que

trasciende la década del 90 y sobrevive en la actualidad. ¿Qué factores permiten que esta injusticia básica continúe vigente pese a los nuevos aires post-convertibilidad?

Hacia un Estado ético y participativo. En la línea de lo expresado en el DB, se observa que en la Argentina hay una fuerte exigencia latente por reenhebrar la relación entre Estado y sociedad civil, todo esto en el marco de la necesidad de una fuerte renovación del sistema político. Esto implica ciertamente aplicar reformas como la electoral, de los partidos y también la de la carrera administrativa de los funcionarios públicos. Pero requiere ante todo *revitalizar* al Estado por medio de una fuerte participación de personas con *fuerte sentido y vocación por lo público*. Es necesario además superar, según nuestra visión, la continua tutela autoritaria del Estado sobre la sociedad civil lo cual no significa para nada ni neoliberalismo ni Estado mínimo ni privatismo. Pero sí, aceptar que el desafío es diseñar un Estado cruzado por el principio de subsidiariedad, que en el contexto del pensamiento social cristiano, fomenta el despliegue de agentes sociales responsables y cooperativos. Este rediseño genera, a su vez, una sociedad más libre, ni libertaria ni individualista, y alejada del populismo y del clientelismo.

De lo macro a lo micro-macro. Nos atrevemos a afirmar que la “ilusión del desarrollo” sobrevive. Antes inspirada en el neoliberalismo y el mercado salvador. Ahora en el neosocialismo y en el Estado interventor. ¿Qué poseen de común ambas perspectivas? Su extraordinaria pasión por las sociedades abstractas y anónimas. Tal es así, que en los últimos años, los ejes del debate suelen ser los mismos aunque se presenten disimuladamente como diferentes por los valores en juego. Por ejemplo: o acordamos con el FMI o no lo hacemos, o apoyamos las grandes empresas privatizadas o no, o aceptamos el déficit fiscal o proponemos el superávit, o crece más o menos el PBI,... y podríamos seguir así. ¿Y las personas concretas? ¿Y los sectores sociales concretos? ¿Y las PyMES? ¿Y las ciudades, los barrios, los pueblos? ¿Y la cultura del trabajo? Tanto el neosocialismo como el neoliberalismo tienden a observar los problemas en forma macro e impersonal. Lo que importa son las grandes variables, las grandes estructu-

ras como el Estado y el mercado. Por supuesto que aceptamos que tienen su relativa importancia pero, para que signifiquen algo consistente, deben estar ancladas y desagregadas en las *realidades concretas que están detrás*. Por eso, propugnamos instituciones y discursos políticos y económicos que converjan sobre lo macro desde lo micro y viceversa. Que evalúen lo estructural pero desde las comunidades y experiencias concretas. Que dejen de hablar sólo de los grandes problemas nacionales para complementarlos con los problemas locales que se potencian y vinculan con los anteriores.

Hecha la ley... hecha la justicia. Otro mal endémico argentino es el desapego a la ley por implicar, en síntesis, injusticia y provisoriedad. Esto reclama un consenso político y económico para *consolidar la justicia*. Este capítulo además de requerir algunas reformas de fondo, que habrá que acordar, implica destinar fondos y repensar la organización del Poder Judicial y del Poder Legislativo. Ésta es una dimensión en donde se manifiesta el problema argentino del desapego a las instituciones. Una democracia no es sólo expresión de libertad política o electoral. Es también el apego a los derechos civiles que son protegidos mediante un fuerte entramado institucional. Éste debe estar enhebrado sustancialmente sobre la base de la justicia.

Inversión en educación, cultura, ciencia y tecnología. Además del factor inclusivo de la educación arriba mencionado, ella es un valor en sí misma. La Argentina tiene que discutir si cree o no en que toda la dinámica completa de la sociedad no tiene otro fin que la realización espiritual y la felicidad de las personas. ¿Es posible que comencemos a valorar la educación y la cultura más allá de lo que sirven para la economía? Esto no significa, por otra parte, dejar de lado el aspecto económico de la cuestión que demuestra que una inversión bien llevada con la participación de las universidades, centros de investigación y desarrollo y PyMES es crucial para potenciar sectores económicos diversos como el agrícola, el industrial y los servicios.

La cultura del trabajo. Uno de los males argentinos, que impactan tanto en la subjetividad individual como en la social, es la debacle de la cultura del trabajo. Las cau-

sas de esta situación no se derivan solamente del desempleo estructural de las nuevas economías posindustriales. Se remontan más lejos. Podríamos enunciar simplemente fenómenos como la patria financiera y especulativa, la patria contratista, el desempleo encubierto en el Estado, los “ñoquis”, el clientelismo político, etc. Por lo tanto, una vez más, recurrir a las consecuencias del neoliberalismo no explica aisladamente el profundo deterioro de nuestra cultura del trabajo. Para percibir su gravedad también resulta apropiado compararlo con aquellos sectores productivos que subsisten, se multiplican y se potencian en nuestro país. Proponemos focalizar este punto en el debate lo que requerirá integrar diversas perspectivas: la moral, la educativa, la económica, la sociológica y la política.

Reconstituir la moral individual y social.

El desarrollo sustentable de la Argentina también se hará efectivo progresivamente a partir de la superación de otra antinomia aún persistente: la que enfrenta la moral individual a la social o estructural. Identificar el reclamo por la moral individual con el neoliberalismo y asociar la lucha por la justicia social con el neosocialismo deriva en una visión antitética del problema cultural argentino. No hay moral individual genuina y fructífera si no se plenifica y amplía al campo social. Tampoco habrá moral social y estructuras sociales justas si éstas no son efecto de la plenitud personal y de nuestras comunidades de base y nacional. Sólo una cultura política que abandone la admiración por los constructos racionalistas estatistas o de mercado y se centre en una noción de bien común que no enfrente bienes particulares con bienes sociales podrá delinear instituciones vivas que promuevan el desarrollo integral de la Argentina.

Aprender a dialogar en búsqueda de la verdad. Tanto el Foro Debate como otras instancias similares tienen que cuestionarse, en primer lugar, por los supuestos éticos de los diálogos que inician y los valores que se plasman en la forma de estas *conversaciones*. Aunque este aporte se refiere no a la estrategia del país sino a la forma de elaborarla, todo perfeccionamiento de las condiciones para un debate nacional es ya, en sí mismo, un gran paso en cualquier estrategia común. No habrá estrategia, por mejor

diseñada que esté, sin el acuerdo y la actitud responsable de todos. Y en el caso del diálogo, la mayor responsabilidad está en la apertura a la verdad sobre nuestro futuro y al aporte que todos podemos hacer para descubrirla en común. Los foros y debates tienen que cuidar, por otra parte, además de sus contenidos explícitos y procedimentales, los implícitos que son los fundamentos, los valores y la antropología que siempre son la base última para un diálogo verdaderamente constructivo.

¹ Este documento fue elaborado con la colaboración de algunos miembros del Grupo de Pensamiento Social de la Iglesia Gerardo Farrell: Daniel García Delgado, Eloy P. Mealla y Juan Carlos Scannone. La revisión y edición estuvo a cargo de Victoria Darling y Cristina Calvo. [cfr: <http://www.caritas.org.ar>].

² Las denuncias de “pensamientos únicos” suelen constituir más una estrategia discursiva que una realidad contrastable. De hecho, el neoliberalismo podría denunciar la existencia del pensamiento único keynesiano durante la vigencia del Estado de Bienestar, por ejemplo, situación de más largo y profundo anclaje. Lo que sí es cierto y comprobable es que en cada periodo puede identificarse un cierto paradigma o constelación que nuclea posicionamientos ideológicos. Pero esto es simplemente la dinámica de la historia humana. En fin, durante todos los años 90, y no sólo al final, la literatura crítica del neoliberalismo resulta abrumadora y, tal vez, sea mayor que la promotora del supuesto pensamiento único, lo cual, insistimos, no significa desconocer ingenuamente su posición relativamente hegemónica.

³ Su ponencia formó parte del “I Foro Latinoamericano de Educación. Pactos y participación: retos de la educación actual” organizado por la Fundación Santillana en Buenos Aires entre el 4 y el 6 de abril de 2005.

⁴ Cfr. [www.debatnational.education.fr]. Esta experiencia la presentamos como ilustrativa y no significa que proponamos que sólo desde el Estado pueden convocarse estos grandes debates nacionales. Desde la sociedad civil y desde instituciones representativas como la Iglesia Católica en Argentina puede hacerse y, tal vez, con mayor legitimidad que desde el Estado.

⁵ Cfr. Scannone, Juan C., “HOY LA PATRIA

REQUIERE ALGO INÉDITO”. La Conferencia Episcopal Argentina y la “crisis histórica” de nuestro país”, en: Grupo Gerardo Farrell, *Crisis y reconstrucción. Aportes desde el pensamiento social de la Iglesia. Dimensión político-económica*, San Pablo, Buenos Aires, 2003, p.53.

⁶ En este sentido, consideramos valioso para pensar nuestra situación y elaborar propuestas desde una perspectiva socialcristiana recurrir al recientemente editado *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* elaborado por la Comisión Justicia y Paz, en especial el desarrollo del principio personalista y los siguientes. Además es recomendable releer, desde la actualidad, los documentos de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano -Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo- y del episcopado argentino, *Iglesia y comunidad nacional*.

⁷ Cfr. Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992. Especialmente “Verdad y poder”. Aunque no acordamos con el autor los fundamentos metafísicos de sus lecturas son rescatables, desde nuestra perspectiva, algunas de sus críticas a la función del intelectual en la sociedad.

⁸ “La persona no puede estar finalizada a proyectos de carácter económico, social o político, impuestos por autoridad alguna, ni siquiera en nombre del presunto progreso de la sociedad civil en su conjunto o de otras personas, en el presente o en el futuro” (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n° 133).

⁹ Sobre estas cuestiones, es interesante destacar que el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* señala como principio primario el destino universal de los bienes y sobre él se asienta la propiedad privada.

¹⁰ “Los auténticos cambios sociales son efectivos y duraderos sólo si están sobre un cambio decidido de la conducta personal. No será posible jamás una auténtica moralización de la vida social si no es a partir de las personas y en referencia a ellas: en efecto, “el ejercicio de la vida moral proclama la dignidad de la persona humana”” (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n° 134).

¹¹ Comisión Teológica Internacional, *Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado*, Paulinas, Buenos Aires, 2000, p. 9.

¹² Cfr. Massuh, Víctor, *Cara y contracara. ¿Una civilización a la deriva?*, Emecé, Buenos Aires, 1999, pp. 41-43.

¹³ Cfr. Juan Pablo II, *Discurso a la Conferencia Episcopal Austríaca*, Viena, 21 de junio de 1998. Nos servimos de aquí en adelante de algunos párrafos de este texto.

Síntesis

Puntos centrales del Documento Base

- *El problema central es el neoliberalismo.* Es una visión “economicista”, “antipolítica” y “privatista” caracterizada por “el repliegue del enclaustramiento privado” en la que prevalecería “una ética individualista que busca conciliar ética con interés empresario”, la “dilución de todo proyecto colectivo y comunitario”, la “perspectiva que apunta a un Estado eficiente y regulador”, “pasivo”, “casi administrativo”, “ausente o gendarme” y “mero protector de la propiedad y las personas del sector ganador.”
- *Es necesario diseñar una nueva visión.* Debería caracterizarse, en cambio, por adoptar “una orientación económica heterodoxa”, fundada en “un vínculo social más sustantivo en torno a la cohesión” basada en “una perspectiva no técnica, sino ético-social en la búsqueda dialógica del bien común”, denominada por el documento como “construcción dialógico-democrática” o “ético-comunicativa” que permita “una subjetivización más amplia y dinámica en términos de pertenencia a una comunidad de valores.”
- *Etapa bisagra: el modelo neoliberal ha perdido su apogeo.* Estamos viviendo una etapa “bisagra de la historia nacional”. Ha perdido su hegemonía el “modelo o paradigma neoliberal”, “pensamiento único”, dominante en la Argentina de la década del 90 y causa principal no sólo de la gran crisis del 2001 sino del fracaso global del país. Era un modelo de “desarticulación de la industria nacional”, “desempleo” y “desesperación.” Hay que retomar el modelo de “movilidad social ascendente, configuración amplia de capas medias y pleno empleo” vigente en la Argentina hasta Martínez de Hoz.
- *Consensos básicos:* 1) la necesidad de ir más allá del puro crecimiento económico y apuntar hacia una concepción ética del desarrollo; 2) la exigencia de que el modelo de desarrollo sea sustentable; 3) su necesaria orientación productiva y generadora de trabajo; 4) el desafío de que se trate de un modelo regional (Mercosur, Sudamérica); 5) la necesidad de insertar a la Argentina activamente en la globalización; 6) la importancia de la reconstrucción del Estado; 7) el rol clave de la participación de la sociedad civil; y 8) el papel fundamental de la subjetividad y la cultura. Estos consensos se encuentran marcados por las tensiones vinculadas a los modos y formas de alcanzarlos”. Estas tensiones no serían sino la expresión de la disyuntiva de hierro que es la base conceptual de todo el documento: neoliberalismo o antineoliberalismo.
- *Tensiones existentes.* La tensión de base es la que se establece entre el neoliberalismo y el antineoliberalismo, sin embargo ésta se explicita, según los autores, en las siguientes contraposiciones: moral individual vs. justicia social; aceptabilidad de los organismos internacionales y complacencia a los mercados vs. equilibrio entre deuda externa y deuda social; perspectiva sectorialista del complejo agroindustrial vs. perspectiva reindustrializadora; inserción directa de lo nacional en lo global vs. perspectiva incluyente de cooperación entre la Nación y las provincias; inserción pasiva y acrítica en la globalización vs. inserción activa más afín con los movimientos altermundistas; perspectiva que apunta a un Estado eficiente y regulador vs. perspectiva que alienta un Estado garante del desarrollo y la inclusión social; participación para una democracia de opinión vs. participación para una democracia ampliada y concertadora; perspectiva cerrada y fragmentaria de uniformización y homogenización cultural vs. perspectiva abierta, dinámica e inclusiva de la cultura

Crítica al Documento Base

- *Planteo incompleto del problema ideológico.* El DB parte de un diagnóstico incompleto del problema ideológico y cultural de nuestras sociedades al sostener la hegemonía del neoliberalismo como “pensamiento único.” En realidad, el neoliberalismo como reducción del hombre al mercado convive hoy con el neosocialismo como reducción del hombre al Estado, a la comunidad local o global.
- *Olvvido del problema de la persona como núcleo de la cuestión económico-social.* Neoliberalismo y neosocialismo son expresión de un problema cultural y espiritual más profundo que es el de la despersonalización propia de la “sociedad del bienestar”, la “sociedad de consumo”, la “sociedad administrada o disciplinaria” en que la persona humana queda reducida a la satisfacción de necesidades materiales.
- *Interpretación parcial de la historia argentina.* Si bien la discusión sobre la historia del desarrollo argentino y de la década de los 90 no ha concluido, es necesario reconocer que no fue sólo el neoliberalismo el que nos llevó a la decadencia y a la crisis. No es posible reducir los males de la historia argentina a la época de Martínez de Hoz y de la convertibilidad, olvidando los males del estatismo, el corporativismo, el caudillismo clientelista, el marxismo revolucionario, el militarismo o el populismo que nos marcaron durante todo el siglo XX.
- *Falsas disyuntivas.* Creemos que las tensiones que presenta el DB sufren de la misma parcialidad y plantea falsas disyuntivas desarrolladas a partir de la lectura dicotómica “neoliberalismo-antineoliberalismo”, más allá de aciertos concretos en algunas descripciones logradas.
- *Marginación de sectores en el llamado al diálogo.* El DB manifiesta una cuestión “metodológica” o ligada al “análisis del discurso” que puede causar la marginación, en función del diálogo, de algunos sectores de la comunidad nacional y limita éticamente, quizás aún más que su propia perspectiva ideológica, el futuro del debate que pretende iniciar.

Propuesta de una visión personalista

- *Poner énfasis en la persona humana como centro de la economía.* La discusión ética y cultural de la economía debe ser abordada con más énfasis desde su verdadero núcleo: la persona humana. En efecto, a nuestro juicio, la acción económica es un aspecto de la acción humana que brota del interior de la persona y, por lo tanto, hay que comprender y redescubrir su lógica auténtica desde este mismo origen.
- *La personalización de la economía es la base de su verdadera dimensión social.* La dimensión personal de la economía no se contrapone con su dimensión social sino todo lo contrario. El tener económico vivido como don (invirtiendo, produciendo, trabajando, consumiendo o comerciando, teniendo siempre en vista la satisfacción de las propias necesidades pero también las de los demás como si fueran las propias), aún cuando se mantenga como un tener individual (propiedad privada) y en la medida en que no sea poseído avaramente o consumísticamente, se hace bien común.
- *Es necesario partir de la conversión personal.* Nuestro país debe apostar a la conversión personal como único punto de partida posible de una estrategia para su desarrollo.
- *Nuestro mayor desafío ético: repensar nuestra personalidad nacional, desde una memoria integral.* Hay que repensar nuestras formas de dialogar; nuestra ética del diálogo que se manifiesta en los procedimientos que usamos. Este es un aspecto especialmente delicado de nuestra personalidad nacional. Es necesario concebir nuestra memoria de un modo integral.
- *El diálogo tiene que ser también nuestro norte concreto.* El diálogo debe ser un descubrimiento en común de la verdad sobre la política que tenemos que ayudar a delinear asumiendo como un valor la diversidad de talentos y perspectivas.

Algunos temas para repensar la Argentina

- *Argentinos a las cosas.* Inclusión de los aspectos ideológicos, globales y estructurales en un debate que parta de lo concreto, donde se integra naturalmente lo particular y lo universal, lo endógeno y lo exógeno, lo micro y lo macro.
- *Diseñar políticas universales.* Es imprescindible recentrar nuestras fuerzas en la política educativa y de salud de forma tal que podamos brindar condiciones equitativas para el desarrollo que están no tanto en la distribución de bienes materiales sino en la ayuda para desplegar las capacidades personales de todos los habitantes que les permita crecer por sí mismos como personas.
- *Redistribuir las cargas fiscales.* Redistribuir impuestos no debería significar crecimiento del Estado sino generar posibilidades de acceso a la propiedad, fomentándola en aquellos sectores que menos poseen.
- *Hacia un Estado ético y participativo.* Es necesario aplicar ciertas reformas en nuestra democracia y ante todo revitalizar al Estado por medio de una fuerte participación de personas con fuerte sentido y vocación por lo público. Es necesario un rediseño del Estado que genere, a su vez, una sociedad más libre.
- *De lo macro a lo micro-macro.* Tanto el neosocialismo como el neoliberalismo tienden a observar los problemas en forma macro e impersonal. Esto tiene su importancia pero, para que signifiquen algo consistente, deben estar ancladas y desagregadas en las realidades concretas que están detrás.
- *Hecha la ley... hecha la justicia.* Otro mal endémico argentino es el desapego a la ley por implicar, en síntesis, injusticia y provisoriedad. Esto reclama un consenso político y económico para consolidar la justicia.
- *Inversión en educación, cultura, ciencia y tecnología.* Además del factor inclusivo de la educación arriba mencionado y del evidente valor económico que tiene en una sociedad globalizada ella es un valor en sí misma. La Argentina tiene que discutir si cree o no en que toda la dinámica completa de la sociedad no tiene otro fin que la realización espiritual y la felicidad de las personas. ¿Es posible que comencemos a valorar la educación y la cultura más allá de lo que sirven para la economía?
- *La cultura del trabajo.* Uno de los males argentinos, que impactan tanto en la subjetividad individual como en la social, es la debacle de la cultura del trabajo. Proponemos focalizar este punto en el debate lo que requerirá integrar diversas perspectivas: la moral, la educativa, la económica, la sociológica y la política.
- *Reconstituir la moral individual y social.* Es necesario superar la antinomia que enfrenta la moral individual a la social o estructural. Sólo una cultura política que abandone la admiración por los constructos racionalistas estatistas o de mercado y se centre en una noción de bien común que no enfrente bienes particulares con bienes sociales podrá delinear instituciones vivas que promuevan el desarrollo integral de la Argentina.
- *Aprender a dialogar en búsqueda de la verdad.* Tanto el Foro Debate como otras instancias similares tienen que cuestionarse, en primer lugar, por los supuestos éticos de los diálogos que inician y los valores que se plasman en la forma de estas conversaciones.